

EL HUEVO AZUL

A Ilhan, que tanto se divirtió con estos disparates.

1

YO TUVE un huevo azul,
un huevo bien plantado, grande, liso
y turgente, de fárfara hialina,
orbicular, orondo, encascarado
de vivo azul turquesa.

¡Ah qué elegante era mi huevo azul!
Facundo y desenvuelto como pocos,
sensible, competente,
dispuesto todo el tiempo a dar de sí
lo mejor a los otros.

Era un huevo ejemplar:
No le importaba el riesgo
factible ciertamente siempre
de romperse la crisma.

¡Qué huevo tan azul!, decía la gente
viéndolo prodigarse
ante cualquier apuro.

No prestaba atención a la maledicencia
ni daba pábulo a murmuraciones.

Era, para decirlo pronto,
un dechado de garbo y de buenas maneras.

Yo le cuidaba la figura
y ¿por qué no decirlo?,
la reputación. Lo mimaba,
lo guardaba en un sitio fresco y seco,
a veces por las tardes lo sacaba a pasear,
le daba su maicito, lo arreglaba,
le acicalaba el pelo.
El huevo y yo compartimos muchas cosas.

Si cualquier panegírico era nimio
parangonado con su gallardía,
no era menos verdad que él no le daba
la menor importancia.

Pero un mal día el huevo se paró,
perdió de pronto el pulso, no latía.
Y aunque no escatimé los medios de alentarle
ya no hubo modo de que caminara.

No obstante todos mis esfuerzos
no volvió a dar un paso,
se paró simplemente.

Lo arropé, lo curté,
le inyecté vitaminas, pero nada.

Desde entonces no puedo tratar con ningún huevo
de la forma o color que sean:
desde luego los arduos blanquillos de avestruz
o los pardos de pato o los de pez,
simplemente no puedo,
no los tolero más,
ni uno — íngrimo — de codorniz.

2

Mi huevo azul no toleraba el agua.

En los días de lluvia se recluía,
ceñudo, enfurruñado.

No le gustaba ni mirar la calle.

Se quedaba detrás de la ventana
ensimismado y triste, receloso
de quién sabe qué líquidos amagos.

Algún temor a hundirse, a endurecerse,
a perder su color, nunca lo supe.

Diagonal, vertical, finita o a raudales,
fuera como cayera,
la lluvia le hacía mal.

Lo ponía escamado, insoportable,
quería incluso sacarme mis trapitos.

Lo único era esperar a que escampara.
Entonces le volvía la clara yema al cuerpo.

Luminoso farol
en la calle, tinieblas en su casa.
Muchas veces el huevo y yo
discutimos, nos enfrascábamos
en discusiones más que bizantinas.
Era prolijo, necio, hasta ampuloso.
Lo que tenía de azul lo tenía
de soberbio, no soportaba
que le llevaran la contraria.
Pagado de sí mismo, huevo huero,
alardeaba de su galladura
y solipsista al fin
acababa mirándose el ombligo.
Le obsesionaba su perfil
(yo sospechaba que algo
lo estaba jorobando
pero nunca lo dije).
Incubaba odios súbitos
y entusiasmos no menos sorprendidos,
y cacareaba, quizá
evocando su origen, sinrazones
insostenibles (como él mismo
que no sabía estar en pie).
Frangible, albuminado,
nada veía más allá de sí.
Con todo he de decir que me hace falta
y que lo echo de menos
y hubiera preferido incorporármelo
a tener que tirarlo a la basura ya inservible.